



INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

TRABAJO DE GRADO MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

HEBRAS

JESSICA ESPERANZA FUENTES CUEVAS

BOGOTÁ

2022



INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

HEBRAS

JESSICA ESPERANZA FUENTES CUEVAS

Trabajo de grado para optar por el título de Magister en Escritura Creativa

DIRECTORA  
MARÍA FERNANDA TRÍAS PATRÓN

BOGOTÁ

2022

A mis padres, quienes no soltaron mi mano.





**AUTORIZACIÓN DEL AUTOR PARA  
CONSULTA Y PUBLICACIÓN  
ELECTRÓNICA DEL TRABAJO DE GRADO**

Código:

Versión: 5.0

Página 5 de 73

Fecha:

**BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI**

**INFORMACION DEL TRABAJO DE GRADO**

**1. TRABAJO DE GRADO REQUISITO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:**

Magister en Escritura Creativa

**2. TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO:**

Hebras

**3. SI AUTORIZO**  **NO AUTORIZO**

**A la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:**

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, **“Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores”**, los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.

**IDENTIFICACIÓN DEL AUTOR**

**Nombre completo:**

Jessica Esperanza Fuentes Cuevas

**Documento de Identidad:**

1013650352

**Firma:**

## DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

### AUTOR

Apellidos	Nombres
Fuentes Cuevas	Jessica Esperanza

### DIRECTOR (ES)

Apellidos	Nombres
Trías Patrón	María Fernanda

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Magister en Escritura Creativa

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: Hebras

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en Escritura Creativa

CIUDAD: Bogotá D.C AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2022

NÚMERO DE PÁGINAS: 73

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones \_\_\_ Mapas \_\_\_ Retratos \_\_\_ Tablas, gráficos y diagramas \_\_\_ Planos \_\_\_ Láminas \_\_\_ Fotografías \_\_\_

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: \_\_\_\_\_ Minutos.

Otro. ¿Cuál? \_\_\_\_\_

Sistema: Americano NTSC \_\_\_\_\_ Europeo PAL \_\_\_\_\_ SECAM \_\_\_\_\_

Número de archivos dentro del CD, en caso de incluirse un CD-ROM diferente al trabajo de grado: \_\_\_\_\_

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

---

---

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. *(En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar a la dirección de biblioteca en el correo electrónico*

*[biblioteca@caroycuervo.gov.co](mailto:biblioteca@caroycuervo.gov.co)*):

<b>ESPAÑOL</b>	<b>INGLÉS</b>
Pelo	Hair
Hebras	Strands
Feminidad	Femininity
Cotidiano	Daily
Imágenes	Images
Escritura fragmentaria	Fragmentary writing

RESUMEN DEL CONTENIDO Español (máximo 250 palabras):

Hebras es un relato que explora las miradas sobre la feminidad a través del pelo, lo cotidiano, las tradiciones, las formas de violencia sobre el cuerpo de la mujer y cómo estas se manifiestan desde ese lugar-órgano externo (el pelo). Este relato se va construyendo sobre el entretejido de una escritura fragmentaria que alterna relatos poéticos, narrativos y ensayísticos. Cada fragmento desnuda en lenguaje imágenes puntuales que sitúan una mirada crítica, poética y ficcional. Con una narradora cuya voz en pasado recuerda momentos de su infancia, adolescencia y juventud y su relación con el pelo; esta voz se va alternando con una voz en presente que manifiesta un ahora lleno de nuevas imágenes sobre el pelo de otros y una serie de crímenes que ponen sobre la mesa las tensiones y obsesiones de la narradora.

## RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 palabras):

Hebras is a story that explores the looks on femininity through the hair, the daily, the traditions, the forms of violence on women's bodies and how these are manifested from that external organ-place (the hair). This story is built on the interweaving of a fragmentary writing that alternates poetic, narrative and essayistic stories. Each fragment bares in language punctual images that place a critical, poetic and fictional look. With a narrator whose voice in the past recalls moments of her childhood, adolescence and youth and her relationship with hair; this voice alternates with a voice in the present tense that manifests a now full of new images about the hair of others and a series of crimes that put on the table the tensions and obsessions of the narrator.



## TABLA DE CONTENIDO

Arte poética.....	11
Hebras.....	19

## Arte poética.

*“Creo que todo es una imagen. El mundo es una imagen. Trabajo, pues, con estas figuraciones. Son rayos de un remoto centro”*

*Marosa di Giorgio*

Un día, Gloria Susana Esquivel pidió en clase que pensáramos en una escena cotidiana. La única imagen que llegó a mi cabeza fue la de la mañana, en la ducha. Cada vez que lavo mi pelo, se me cae. Escribí un verso, mal escrito, dibujé una mujer desnuda, acurrucada y de cabeza. De su pelo, por la gravedad, caían pelos al piso. Hilos delgados fueron saliendo de esa cabeza, tomaron un camino. Ese camino es ahora este proyecto.

*Hebras* es un relato que se ha ido construyendo en el transcurso de la maestría en escritura creativa del ICC. Es una apuesta de texto que parte de la escritura fragmentaria, de un tejido entre la prosa poética, la narrativa y lo ensayístico, bordado por el pasado y el presente. *Hebras* muestra una narradora con una clara obsesión con el pelo, una fijación por imágenes puntuales, pequeñas escenas que desencadenan un relato alrededor de ese elemento (el pelo) y una serie de crímenes que tienen que ver con el robo de pelo.

Aquí vuelvo a tomar prestada la frase de Marosa, *la imagen como un rayo de un remoto centro*. Eso fue el pelo, un rayo, un remoto centro que comencé a desentrañar desde mi fijación personal con los objetos o las situaciones. La escena de la ducha fue una imagen clarificadora. Pensar alrededor de los elementos es transfigurarlos, ver sus matices, sus posibilidades, desintegrarlos, diseccionarlos. Después de ese primer ejercicio poético ilustrado, comencé a escribir relatos personales sobre la idea que tenía del pelo, cómo había vivido mi pelo en mí.

Comencé a hablar de este elemento como una necesidad de liberación, de pensar, de reflexionar alrededor del pelo. Entenderlo como un elemento externo del que fui víctima, del

que como mujer, pero ante todo como Jessica, tuve experiencias específicas de violencias, afectos, clasificación o destrucción sobre el ser.

¿Cómo se puede diseccionar el pelo? Las enfermedades o los cuerpos tienen la posibilidad de abrirse en capas, de dejarse ver por métodos, imágenes de radiografías que desentrañan sombras. Algo así intenté hacer, desentrañar las sombras históricas, sociales y culturales que se cargan sobre el pelo, sobre los cuerpos y sobre las mujeres de formas específicas. Pensar el pelo como algo que puede ser una imposición, una clasificación, una mitificación sobre el cuerpo tanto femenino como masculino.

La disección de esa herida histórica propia fue el primer lugar de encuentro. Así que partí desde la punta. Eso que solo se ve de forma irregular, que se puede cortar, acomodar, decolorar. Las puntas por lo general son el lugar del juego, donde se enreda todo de forma leve, son las que toman vuelo y juegan a ser plumas, pero, ¿y la raíz?

Para encontrar una raíz comencé la búsqueda de referentes literarios que me permitieran entender qué se había escrito y cómo, partiendo de la necesidad de la escritura fragmentaria. Entender qué contaron otras voces sobre el pelo, o sobre la prosa, o sobre la fijación en otros objetos. Referentes que me permitieran entrelazar, tejer la prosa que de alguna manera encontraba suelta, o por momentos enmarañada.

Así que seguí los consejos de Fernanda Trías. Leí *Americanah* de Chimamanda Ngozi Adichie; encontré una historia sobre la migración, el feminismo y el pelo afro, la escena del tejido de trenzas, del cruce de lenguas en un salón de belleza. Luego fue Jazmina Barrera con su fijación por los faros, o mejor aún, su colección de faros y cómo a partir de esa acumulación de faros creó un todo alrededor de la historia de la ingeniería civil, los barcos, los fareros, la vida alrededor de ese elemento; o con *Punto de cruz* que me permitió entender cómo tejer el relato desde diferentes líneas o puntos de tejido para crear uno sólido.

Luego vino Siri Hustvedt con su ensayo *Tanto revuelo por los peinados* y su reflexión sobre el pelo como elemento externo, sin vida (¿sin vida?). *Space invaders* de Nona Fernández con su magnífica brevedad, su equilibrio en las páginas medio vacías, ese espacio, ese silencio que cae y da fuerza. *El libro de las lágrimas* de Heather Christle, donde cuenta cómo llegan las lágrimas, en qué momentos, las sitúa en momentos íntimos, personales o históricos, las escribe de forma breve, las acompaña de imágenes, pequeñas gotas. Y por último, vinieron Marosa di Giorgio con *Reina Amelia* a quien le leí y le encontré esa maraña de plantas, flores, de erotismo y prosa poética, Margo Glantz con *Por breve herida*, un ensayo sobre los dientes, un entramado entre dientes, obras de arte, música clásica, muchas idas al odontólogo y un ritmo cadente.

Estos referentes me permitieron construir un mapa, establecer formas de hilar y tejer los relatos. Son una constelación que miro, yo echada sobre la cama, con el pelo esparcido. Un techo que es el cielo a media noche; luego titila un lucero al que mamá dice que es la abuela. Yo solo creo que es el lugar donde anclé todas las hebras para comenzar a escribir.

Ese comienzo fue el surgimiento de los relatos en forma de fragmento. En esa idea, sentí de forma estética, tanto narrativa como visual, que cada fragmento podría ser un mechón. Que cada frase suelta sería una hebra de un pelo en cualquier lugar. El fragmento me brinda un espacio específico del que cada relato se apropia, lo hace suyo, queda un todo concreto. El fragmento también es la imagen, es un trozo de mundo que se ha iluminado, rebota la luz, termina siendo esplendor. Es imagen única, una fracción de tiempo y espacio que se congela en la mente, se transfigura en verbos que yo escribo, describo; a un tono, a un ritmo, tratando de encontrarle otro tiempo

Con el fragmento llegó el encuentro de la prosa poética y la narración. Luego vino la duda sobre la trama, si se convertiría en una novela por fragmentos o qué podría ser. Lo único claro que tuve fue que no me interesaba crear una trama narrativa tradicional, sino ir hilando a

través del objeto mismo cada uno de los relatos, que fuera el pelo quien atara cada relato. Este camino de escritura ha sido un camino de encuentros, como cuando tiendes la cama y encuentras entre las sábanas un pelo, que al reflejo de la luz brilla. Un pelo que no sabes si es tuyo o de otro, lo desconoces, dices que no es tuyo y luego lo apropias.

Esa apropiación, creo, es lo que el texto me ha exigido. Dejar de verlo como un cuerpo sólido y robusto, brindarle esa ligereza en ritmo y tiempo. Del ir y venir. Darle bocanadas de aire a partir de los vacíos de la página en blanco, que pueda flotar, caer y florecer.

Con la escritura comenzaron a aparecer fragmentos que describen y son alegorías de animales. En este punto, la naturaleza y lo orgánico hacen parte indudable de los relatos y toman un protagonismo desde lo fantástico. Así que comencé a darle un lugar a cada fragmento, intercalando: narrativos, ensayísticos, para cerrar cada círculo de estos con una nota periodística o una noticia sobre un crimen, luego saltar a lo poético, para cerrar con un relato sobre una muñeca y cómo se le transforma el pelo. Los relatos más narrativos y de ensayo están en un pasado (pretérito) que permiten ubicarlos en imágenes, recuerdos y anécdotas. Mientras que, los relatos de las noticias, el cambio del pelo de las muñecas y los fragmentos poéticos están en presente, para ubicar la voz de la narradora en un ahora, en lo que vive y lo que hace, en lo que se fija en su ahora. Este ritmo permite dibujar una honda, darle una cadencia, un movimiento, como un vaivén, como rizos que juegan a ser columpios. Donde el aire se rompe con los pies y da caricia suave en las mejillas y eleva el pelo.

Para seguir construyendo la forma robusta de los relatos, dejé de lado el yo y mi historia personal y comencé una búsqueda de información alrededor del pelo en el mito, la historia y el arte. Me encontré con relatos antropológicos sobre el pelo afro, análisis estéticos sobre la mujer y su representación en el arte. Visité el Museo Nacional, donde encontré *La voluptuosidad del mar* de Francisco Cano, una mujer desnuda, de pelo rojizo, abandonada sobre unas rocas en el

mar; *Infancia de una niña bien* de Enrique Grau Araujo, una escultura de una muñeca construida a partir de retazos de madera, tela y vidrio, siniestra; *Retrato de María Teresa de Samper y su cuñada*, dos mujeres que visten y se peinan igual, un corte y estilo de cabello que representa una clase social y, por último, *¡Quieto pelo!* de Liliana Angulo, una obra (cito textualmente la reseña) que recupera las tradiciones del trenzado y el cuidado del cabello entre la gente negra a partir del trabajo comunitario con peinadoras y activistas. Luego visité el MAMU y la manzana cultural donde me concentré en la exposición de *Las coronadas, La cocina/Homenaje a Santa Teresa* de Mariana Abramovic. Busqué referentes europeos en Sandro Boticelli y Dante Rosetti. Los cuadros, los óleos, terminaron siendo un detonante narrativo alrededor del pelo, para poner en diálogo las ideas y los estereotipos.

Seguía buscando, hasta que una noticia en la televisión me encontró. Era una noticia de una mujer que fue calveada por unos narcos mejicanos en plena autopista después de que ella les pitara. Eso me consternó, me quebró y recordé cuando en el colegio me trasquilaron el pelo después de denunciar a unas compañeras con el docente. Así que comencé a buscar crímenes y encontré varias noticias sobre cortes de pelo a mujeres. También recordé que de adolescente, eso fue furor, realmente hubo una época en que a las niñas nos secuestraban para robarnos el pelo. Pasó mucho en la India. Esta idea del tráfico del pelo para hacer pelucas o extensiones costosas adquirió fuerza y quizás no fue reportado a la magnitud que debió ser. Se terminó construyendo como un mito ciudadano, se quedó en el recuerdo.

Pero para mí, esas noticias fueron el encuentro de la trama breve que me permitiría entrelazar cada fragmento. Darle un piso y hacer mucho más redonda mi narradora. Una joven con una clara obsesión con el pelo que acumula muñecas, las decapita y les cambia la forma del pelo. El ejercicio de la acumulación en el relato da fuerza a *Hebras*, permite entramar las líneas delgadas, invisibles, de lo que se está narrando.

*Hebras*, más allá de ser un relato sobre el pelo, es un relato sobre el cuerpo, las ideas sociales y culturales, las tradiciones, las prohibiciones, el señalamiento. Sobre las violencias, violencias sutiles sobre el cuerpo y el género. Con cada decisión narrativa que he tomado, he podido ir hilando casos de lo cotidiano, de los lugares donde existen actos violentos sobre el cuerpo. Pensar en el corte del pelo como una mutilación, un acto de herir la humanidad del otro. Pensar el pelo como un órgano externo que nos permite apropiar, reemplazar, discutir, descubrir, ocultar, resaltar. El pelo tiene la facultad de permitir explotar una forma del ser, está ligado con la dignidad. Cortarse el pelo a sí misma es un acto de liberación, que otro te lo corte a la fuerza es quebrar la dignidad de una misma.

También es pensar el pelo como ese mecanismo castigador, de sometimiento, de castración, de juicio y designación. De ser un constante mito. Es la forma de manifestación de lo interno, de sí mismo o de los otros sobre una misma. Evidencia de cómo se construye la identidad, incluso, desde el reflejo de los demás.

Sobre todo esto hablo en *Hebras*, pero también desentraño y sumo otros lugares. Fui encontrado relaciones con otros seres. Comencé a hilar con el agua y lo submarino, con el mar y sus especies animales, para darle una profundidad y pensar en un origen o un nacimiento. Luego pensar en los animales terrestres para darle un piso al final, ver en los insectos y las aves el vuelo de la narradora. Pensar las plantas, las flores y la relación que siempre han tenido con el decorado del cabello, un aspecto romántico, opuesto a la opulencia de las coronas y las cadenas que son una línea de la belleza y lo estético consumista y exhibicionista. Hay una necesidad de lo orgánico, de cómo pensar la descomposición. Creo que es difícil ver pelo descompuesto, todo se descompone alrededor de él y eso termino contando. Sitúo unas infancias, la adolescencia, la juventud y la vejez.

Hebras es un gran entramado, muchos hilos vienen de lugares distintos, se van entretejiendo para ser uno solo. Un relato descorazonado, que en medio de los momentos luminosos que procuro tener dentro del texto, hay mucha oscuridad, mucho dolor. Hay una pesadez constata de la que soy consciente. Pesadez que exploro y desentraño, que trato de diseccionar, para luego enviar bocanadas de dulzura y luz, de fantasía y de lo poético, sin ser poesía.

La pregunta final sería qué quiero lograr. Lo que más deseo es un relato sólido, poético, entrañable. Quiero que Hebras represente y narre: las formas, figuras y colores que se dibujan en las cabezas de muchas de nosotras, procurando nunca perderla. Que narre la cultura, la historia y la tradición más allá del salón de belleza o del lugar de lo bello. Que muestre la existencia de un camino histórico que nos ha construido como seres, como sujetos que habitan una cultura, un territorio y se han construido a sí mismos. Que evidencie la manifestación dada desde lo estético y lo externo con cada una de esas hebras que brotan desde una raíz y se extienden sobre los hombros, cubren la espalda y los pechos.

En cualquier momento el pelo se puede llevar al fuego, oler a carne quemada, hacer chispas y chirriar, para luego enroscarse y hacerse boronas. Así se desvanece el pelo cuando entra en contacto con el fuego. Quizás esa sea una idea final, que las hebras o que *Hebras* pueda arder en historia, en prosa, en encuentros y desencuentros, en la nostalgia y la luz.

Por último, me robo los siguientes fragmentos de Jaime Sáenz. Porque cada cabello es una persona y cada hebra es un espacio.

*Estos son cabellos del pequeño epiléptico [...]*

*En estos cabellos, a los que respeto porque son personas, hay columpios de inexplicable redondez, en los cuales veo la negrura mágica y amada del espacio.*

*Son los cabellos del muerto en la irradiación de una mano que ha metido sus cabellos en el misterio.*



# Hebras

*El pelo no es una parte del cuerpo sino más bien una extensión sin vida.*

*Siri Hustvedt*

*Los cabellos del pequeño epiléptico se distienden tenebrosos en los albores de la noche. Mueven sus resinas con términos acompasados, y parecen gigantescas columnas de granito en el glorioso misterioso ámbito del amor y de la muerte.*

*Jaime Sáenz*

*“Creo que todo es una imagen. El mundo es una imagen. Trabajo, pues, con estas figuraciones. Son rayos de un remoto centro”.*

*Marosa di GiorgioS*

SOLTÉ LA COLA DE CABALLO. El pelo tomó forma ondulada, esponjosa y exagerada por la humedad. Cayó sobre los hombros, cubrió el pecho y la espalda. Me peiné.

La muñeca con su cabeza calva me preguntó:

—¿Por qué te peinas a esta hora?

—Porque tengo que desenredarme el pelo.

—Pero por qué, si las que se peinan de noche son las brujas.

Seguí el ritmo de mi mano, me desplegué sobre la silla como la Lady Lilith de Dante Rossetti, perdida en la idea de ser una bruja.

Un día una chica que no conocía me preguntó:

—¿Es verdad que haces rituales de brujería?

Risa contenida.

—Sé que en las noches dibujas en el piso un pentagrama con velas y las enciendes. Te sueltas el pelo y te acuestas en el centro en posición fetal. Por eso tienes el pelo largo y tienes gatos.

Esas frases daban vuelta en mi cabeza.

Imaginé la habitación con cortinas de terciopelo rojo. Yo en el centro de una estrella de David dibujada por velones blancos y negros, rodeada de humo de palo santo, invocando con plegarias susurradas. Desnuda, danzando suavemente. Con el pelo hasta cubrir el bíceps femoral. El pelo tomó la forma de mi cuerpo, lo rodeó, una maraña danzante que me bordeó, me acarició, me susurró, me excitó.

EL CUCÚ DEL RELOJ DESPERTADOR SONÓ. El reloj vibraba sobre el armario, era una gallina enloquecida de grito metálico.

Una luz tenue y azul se fue metiendo por debajo de la puerta. Abrí los ojos, sobre las pestañas pesaban unas costras pequeñas. La manija del armario sostenía un gancho sobre el que reposaba un vestido de campesina. El plan de mamá era levantarme, bañarme y ponerme el traje de falda larga, blusa blanca, un chal negro pequeño y un par de alpargatas. Me haría dos trenzas, una detrás de cada oreja, al final de cada trenza una cinta roja daría la vuelta para sujetar el manojito de pelo.

Una trenza eran tres serpientes que nacían de mi cabeza y se entrelazaban.

Aún no sabía peinarme, mucho menos hacerme trenzas. Veía cómo mi pelo se convertía en tres serpientes, aunque mamá dijera que eran tres gusanos, porque ella prefería los gusanos que se podían aplastar, como los que salían después de la lluvia en el camino del parque, así: rojos, babosos y machacados. Las serpientes siempre le darían miedo, incluso al nombrarlas.

Todo esto pensaba mientras el reloj seguía saltando. Con los ojos entrecerrados me fijé en la luz azul, cada vez más clara. La trenza serpiente me recordaba La vara de Esculapio, el símbolo de la medicina. Dos serpientes que se van entrelazando en una aguja. Las agujas pueden coser la piel, suturar, hacer que los bordes de la herida mantengan la tensión para que esta se cierre.

El hilo de sutura estaba hecho de seda, de vísceras de animales o de fibras sintéticas, pero también fueron de crin de caballo. Imaginaba el pelo atravesando el ojo de la aguja que luego atravesaba la piel para cerrar una herida. Dibujaba en mi cabeza la imagen de una mujer que al correr caía y se abría la piel de la pierna. Limpiaba la herida, le untaba miel para que no se infectara. El dulce hacía que la herida no se llenara de pus. Así pasa en la vida, un poco de

afecto dulce detiene la posible pudrición de la carne. Luego ella cortaba unos cuantos cabellos de su pelo largo para coserse a sí misma. Dulce remiendo.

Remendarse a una misma después de cada corte.

El remiendo era un tirón entre extremo y extremo de la herida. El pelo adquirió una fuerza que le permitió anudarse y no soltarse. No dejó abrir la piel.

Las trenzas eran un tejido que tenía fuerza, el estar entrelazadas hacía que al tirar de cualquier extremo todo se moviera en conjunto, en una misma dirección. No se rompía. La trenza tenía un punto débil, el lazo que la sujetaba, el que unía las tres serpientes. Corría el riesgo de abrirse, separarse y desintegrarse, devolver cada hebra a su unidad misma.

Mi pelo liso no era como el pelo de los negros, su pelo se sostiene solo. L estudiaba en el mismo curso que yo, un día llegó con su cabeza llena de trencitas delgadas y pequeñas que se iban entrelazando entre todas y dejaban espacios entre sí, pequeños caminos. Ella había dibujado caminos sobre su cabeza y eso me daba la posibilidad de imaginarme caminos sobre la mía y no un bosque de helechos donde solo se escondían los piojos.

Los negros tejían sus trenzas a la raíz, bordaban el cráneo con delgadas hileras que parecían laberintos. Para los negros esos laberintos eran rutas que les permitieron moverse y buscar su libertad, así fue como escaparon muchos de la esclavitud. A la mujer le fue encargada la tarea de tejer las trenzas, dibujar los mapas y escribir con el pelo el mensaje. Cartógrafas del pelo. Bordar la cabeza con el pelo propio era llevar un mensaje hecho mapa y lenguaje. Delgadas serpientes iban mostrando un camino de lenguaje indescifrable, un lenguaje ajeno al mío.

Entre trenza y trenza se mantenía una tensión, el final se cerraba con el mismo pelo, se sostenía. Se decoraban con semillas y flores. Así los negros llevaron semillas para hacer sus cultivos luego de escapar.

La cabeza de la mujer negra fue nido fértil, echó raíz en la tierra. Nació fruto.

L me dejó tocar sus trenzas. La punta de mi dedo índice siguió las curvas, sintió la presión que ajustaba cada mechón de su pelo. La cabeza era el bastidor que templaba la piel. Mi dedo delgadito recorrió el laberinto libre.

Me imaginaba escapando en él, confundiéndome. Me veía diminuta, recorriéndolo y perdiéndome.

Pensaba que quizás, en el borde de cualquier cráneo, encontraba un camino que me hiciera libre.

La luz demasiado clara.

Saqué a L de mi recuerdo. Mamá entró, cerré los ojos, dije que no quería ir, di la vuelta y el reloj cayó al piso.

El reloj gallina de cucú roto me dejó volver al sueño.

DE LA MALETA DE VIAJE MAMÁ SACÓ UNA MUÑECA CON LA CABEZA CALVA.

La piel de la muñeca era rosadita, los ojos azules, los brazos y las piernas gorditos, eran duros pero tersos. El cuerpo de la muñeca era blando, como una almohada sin funda. La cabeza era extraña, a pesar de ser calva, tenía un grabado en forma de ondas que simulaba el pelo y siempre miraba rígida de medio lado, hacia la derecha. Papá me había enviado la muñeca. La muñeca montó un avión desde Hong Kong; atravesó el mar para fundirse entre mis brazos y yo poder decir, ¡te quiero, papá!

EL SALÓN DE BELLEZA ERA FRÍO, PEQUEÑO, DE COLORES SUCIOS. Un púrpura pintó la pared, un turquesa forró las sillas y un negro que terminó de opacar el ambiente era la sala de espera. El piso estaba cubierto de pelo. El tapete del salón era el pelo de otros que pasaron en la mañana. Se respiraba caliente por el secador. La pequeña sala con puerta corrediza de vidrio que daba a la avenida ahogaba con la mezcla de los químicos para limpiar, el decolorante para pelo y el quitacallos.

Puse mi cabeza sobre las piernas de mamá, ella fue fraccionando con un peine mi larga cabellera, un pelo liso que se extendía hasta el glúteo. Tenía piojos y la cabeza picaba cuando el bicho me mordía.

La cabeza sangraba gotas diminutas.

Pensaba que el bicho excavaba por entre el cuero cabelludo, hacía un túnel que lo llevaba hasta el borde con el cráneo. El cráneo era demolido por dientes diminutos hasta que el bicho entraba en la masa gris, pisaba los caminos imperceptibles y electrificados dentro de mi pequeña cabeza.

Los piojos eran revelación, hacían que mi cabeza girara y se colocara horizontal. Un nuevo horizonte se fijaba frente a mis ojos, se cubría con cada cortina de pelo que se cruzaba hasta opacar por completo la vista. Pensaba que ese no era un lugar para mí.

Sentía el olor a empanadas de la cafería de al lado, o pensaba en los churros de la panadería. Planeaba con salir de ahí, ir a la panadería con mamá y pedir un churro y un yogur de esos que traía un juguete de sorpresa. Me quedé dormida. Caí en un sueño profundo, uno donde escuché que a mi hermano le habían rapado la cabeza. Lo imaginé como un monje tibetano, luego imaginé una maquina gigante cruzando y arrasando la curvatura del cráneo, los piojos corriendo y detrás, la máquina como si fuera un tractor, con su motor avisando que todo

termina, todo termina de raíz. Escuché un par de carcajadas, mamá y la peluquera reían porque la máquina cortó en dos uno de los piojos.

Mamá decoraba el manicure que se hizo el día anterior con los piojos aplastados. Ella buscaba cada piojo, cada liendra, lo agarraba con sus uñas que parecían tenazas, lo arrastraba a lo largo de cada pelo. Los animalitos se fijaban a un lugar, se agarraban, no querían ser arrastrados. La corriente eran las manos de mamá. Esa misma corriente envolvía mi cabeza, la revolvía.

Escuchaba ladrar los perros en la calle. El canto de unos periquitos se fugaba por una puerta blanca mimetizada en la pared que daba a un pasillo oscuro. Al final del pasillo se iluminaba el patio de la casa donde estaba el salón. Ese salón se convertía en una habitación púrpura de olores revueltos que se escapaban por las puertas discretas, y, por ellas mismas, entraban los periquitos que a punta de picotazos se comían los piojos y luego los perros me bañaban la cabeza con su lengua rosada.

El cuello se me cansó, me quise incorporar.

Una señora se paró frente a la puerta de vidrio, me vio despeinada, con una mueca de asco saludó a la peluquera, dijo que mejor volvía al día siguiente.

UN DÍA ME ENCONTRÉ EN INTERNET UN CUADRO DE SANDRO BOTTICELLI. Al ver el cuadro recordé que una mañana, entre el último sueño, mis manos aún pequeñas bajaron por mi cuerpo, acariciando la piel de mi vientre y mi pubis, hasta encontrar un roce ya no suave.

Pequeñas puntas dispares colocadas al azar fueron apareciendo sobre mi sexo. Me senté sobre la cama, me escondí bajo la cobija. Me miré. Se me desplegó un nuevo paisaje sobre mi horizontalidad. Una nueva forma se acomodó sobre un monte que llamaban de Venus.

El cuadro de Botticelli era el nacimiento de Venus.

Venus mostraba una melena de color naranja que se extendía sobre la espalda de una mujer blanca, bordeaba la cadera y cubría su sexo. Ella nacía sobre una concha de mar. Un ángel soplaba de un lado y una mujer la trataba de alcanzar con una capa roja de flores del otro lado. Sobre el mar pequeñas olas parecían desvanecerse, se transmutaban en diminutas aves al fondo del cuadro, como los cuadros de Escher. Flores caían al mar. A Venus le llovían flores, le susurraba el soplo de los ángeles y aves que eran olas se elevaban detrás de ella. Venus guardó el equilibrio sobre una concha, un hueso duro, aunque siempre daba la impresión de ser extremadamente frágil.

En las conchas germinaron las perlas.

Mi concha fue mi cama de niña. Las arrugas de las sábanas me guardaron cálida. Esa mañana ambos montes de Venus se encontraron, el de mi mano y el de mi pubis. Todos eran de ella. Todos los pequeños montes y las curvas que sobresalían de mi cuerpo eran montes de Venus y diminutos vellos los cubrían, como indicando que era otro momento para el cuerpo.

Me hice bolita sobre la cama. Nací, con el pelo negro a la mitad de la espalda y un montón de pelitos manifestándose por todo el cuerpo, me sentí un erizo enroscado.

Me acurruqué.

El viento de la mañana soplaba bajo la puerta. Esperé a cerrar los ojos, a caer como la flor rosa sobre el mar, para flotar y perderme en las olas del tiempo.

EL TITULAR EN EL NOTICIERO DICE: “joven de 16 años es encontrada en un potrero, inconsciente, al parecer le abrían quitado el pelo a la fuerza”.

LA CABELLERA ES UNA RED QUE SE LANZA AL VACÍO, rompe el viento y cae sobre una ciénaga esperando encontrar peces de colores, pero atrapa peces negros que se mueven como gusanos. Los peces se retuercen asfixiados. La red se rompe y vuelven al agua los peces. Los hilos de la red se escurren y caen lento. Bajo el agua cientos de bocas con dientes filudos esperan morderlos. El corte de las escamas la hiere. Espera que una mano venga, la saque, la arrastre, la extienda y la vuelva a tejer.

LA CHICA DE LA NOTICIA TENÍA EL PELO VIRGEN. El pelo virgen es el pelo al que no se le ha alterado su raíz con ningún químico que le cambie el color, lo deforme, lo haga liso permanente o crespo semipermanente.

Un miedo colectivo se propagó. El miedo parecía cucarachas salidas de un hueco que trepaban por las paredes, las mesas y las sillas. La policía no entendía por qué una adolescente aparecía drogada, en un potero y con el pelo trasquilado. La primera hipótesis: conflictos personales.

Al mismo tiempo, la industria de las extensiones crecía. Los salones de belleza comenzaron a vender extensiones de pelo falso y pelo natural. El asunto ya no era si el pelo era crespo o liso, sino que fuera abundante, que fuera mucho, una capitalización capilar. El deseo de querer el pelo de otra para hacer ver abundante la cabellera de quien lo comprara.

Las extensiones falsas podían llegar a costar noventa mil pesos, pero el costo de las extensiones de pelo natural era exorbitante, hasta seis veces el costo de las extensiones postizas. Se vieron anuncios de “Se compra pelo natural. Min 50 cm”. Y en la puerta de las peluquerías, un tipo u otra mujer nos preguntaban a las niñas que cruzábamos del colegio a la casa si no queríamos ganarnos un dinero por cortarnos el pelo.

Con los días, la noticia de la chica volvió. Hablaron de su recuperación. Ella contó su versión.

A la chica la citaron, le dieron algo de beber y perdió toda consciencia y dominio de sí misma. Estuvo desaparecida varias horas. La dejaron en medio del pastizal, la basura, los escombros y las llantas viejas hasta que alguien la encontró, inconsciente y con el pelo trasquilado. El noticiero mostró su fotografía de antes, era rubia y el pelo le bajaba a la cadera.

Mamá me decía que: tuviera cuidado, no hablara con nadie en la calle, no recibiera nada.

Todos los días recogía mi pelo, tejía una trenza, la enrollaba y luego sujetaba todo con un caimán.

Siempre usaba el caimán café marmolado de pasta. Recordaba los caimanes que visitábamos en tierra caliente, eran ásperos, secos, como dormidos, con su enorme boca de dientes filudos a medio abrir. Me daban la impresión de ser tiernos, dóciles, tranquilos, hasta que los veía escabullirse furiosos en el estanque. Yo me asustaba, me alejaba de la reja y recordaba que eran carnívoros. La fuerza de su mandíbula era tres veces superior a la de un león. Con sus dientes, de un mordisco, podían separar una extremidad en segundos.

Un caimán sujetaba mi pelo.

Lo cuidaba con sus dientes fríos y filudos. Se camuflaba y escabullía entre mi pelo para cuidarlo, para fingir que era poco, corto. No había mucho que robar.

Mientras los dientes filudos coqueteaban con mi cuero cabelludo, el peso del pelo jalaba el caimán. Esa boca medio abierta me agarraba y me tiraba hacia el piso, el caimán me llevaba para tragarme.

El pelo rubio de la chica nunca aparecería, tampoco apareció quién se lo cortó. ¿Cómo se rastreaba un manojito de casi ciento cuarenta mil hebras de distinto grosor, de distinto tono?; el color total es la suma de diferentes tonos que se juntan. ¿Cómo se podría seguir el camino de una trenza?

La trenza se extendía en un largo recorrido, se fundía, se desgastaba, se modificaba hasta llegar a otra cabeza. El pelo tendría una vida distinta.

El pelo, extensión de un cuerpo, extensión viva que se nutría, brillaba y volaba; se convirtió en una tira melancólica y sangrienta.

Imaginaba las extensiones, que cuando estaban puestas en cabezas ajenas no podían moverse. Mientras el pelo pegado a la raíz se movía de un lado a otro, la extensión era rígida, caía y jalaba hasta arrancar el trozo de piel que la sostenía.

La extensión se desvanecía en la caída. Cada hebra volaba y tomaba un rumbo distinto, se hacía una bolita pequeña que parecía un mosquito y se elevaba para buscar el lugar de su nacimiento. Y así, de la cabeza de muchas mujeres saldrían mosquitos negros, se convertirían en nubes oscuras que revoloteaban y chocaban buscando un retorno a su cabeza original, una nube oscura opacaba el medio día en la ciudad.

CUANDO EL PELO SE SECABA DESPUÉS DEL BAÑO, SE HACÍA MÁS LIVIANO. Cada pelo tomaba una forma individual. Se elevaban, cogían por un camino. Como si cogiera con la mano un generador electrostático y permaneciera con los pelos de punta. Era la energía de mi cabeza fugándose por cada centímetro de mi pelo.

El pelo se llenaba de energía, esa misma que se movía en el agua mientras yo lo lavaba. La energía hacía que al más mínimo roce la punta se elevara, pero al pelo le costaba levantarse, por su longitud y su peso. Entre más largo más pesaba. El peso hacía que las cosas cayeran.

La punta buscaba su camino para tocar el piso y enredarse en él, volverse raíz.

Imaginaba que podía convertirme en un árbol al que la raíz le salía de la cabeza. Luego esa raíz se encontraba con el suelo. En las raíces nacían flores que eran pensamientos y luego eran frutos de colores que se caían de su palo, rodaban y nadie recogía.

Según los indios Navajo el pelo es la extensión de los pensamientos. Las puntas son los pensamientos más viejos y, la raíz en la cabeza, los pensamientos más nuevos. Entre más largo el pelo, es más lo que se ha pensado. Ese era el camino recto que se había dibujado en mi espalda, pesaba.

Un día volvimos a otro pueblo en tierra caliente. La humedad de tierra caliente hace menos denso el pelo. Lo recogí en una trenza, lo envolví en un rollo sobre la cabeza para que pareciera una corona tejida, una aureola que se despeinaba, mostraba puntas de distintos tamaños. Una corona de espinas hecha de una vida de pensamientos excesivos. El pelo recién lavado tenía la voluntad y la fuerza de buscar su camino.

El viento llevaba y el sol sustraía, como si succionara desde la estratósfera cada pelo. La corona de trenza se volvió esponjosa, era una maraña densa. Los mosquitos, las abejas y las mariposas se posaban en él. Traté de ahuyentarlos con las manos pero los mosquitos me picaban los brazos.

Mi cabeza era un nido, un nido de pájaros decía mamá; ese rancho de paja que tanto le molestaba.

En el reflejo del vidrio de la puerta de una casa, cualquier casa de tierra caliente, me mostraba que era posada de un enjambre de bichitos, era la madre selva de su selva. Me había trenzado y enrollado un laberinto en la cabeza, para que la mariposa verde que parece brillar con el sol me hiciera su hogar.

Las patas de los insectos eran largas y delgadas, frágiles.

Caía la tarde y yo, recostada sobre la hierba veía que dejaban de revolotear sobre mi cabeza. Los grillos acompañaban la caída del sol y las mariposas ya no podían salir de mi pelo, se enredaban sus patas, se fracturaban. Quise cogerlas de sus alas pero se romperían como el papel. Las mariposas jalaban, luchaban y se arrancaban las patas, caían y caían y caían. La maraña de pelo se convirtió en un cementerio. Las mariposas eran los frutos de pensamientos que buscaron camino hacia el piso para ser sepultadas.

PARECÍA QUE DORMÍA SOBRE EL ESCRITORIO. En frente, el tablero blanco se fue llenando con los signos que brotaban de la mano del profesor de literatura. Los dedos de mi mano izquierda se fueron hundiendo entre el pelo, masajeando la raíz y la piel. Los dedos fríos se dejaron sentir en la cabeza cálida. Abría la mano, acariciaba la cabeza y deslizaba los dedos a lo largo del pelo, luego regresaba a la raíz.

Entre el jugueteo de los dedos, las puntas dactilares encontraron un pelo de textura inusual. No era completamente liso, se sentía rugoso, curvo, lo jalé. Una hebra con su punta y su raíz quedó abrazada por la yema de los dedos. Giré su delgado cuerpo. Me fijé en la raíz, una capa blancuzca y gruesa recubría esa punta. La mordí, se sentía fría, era como morder gelatina. El resto del cuerpo de esa hebra se veía deforme, curvo, no tenía el liso exacto y perfecto del pelo que siempre peinaba. De repente se encrespó, esa pequeña hebra se enroscó y se guardó de raíz a punta sobre sí misma, como una serpiente que busca su propia muerte al morderse y tragarse desde su cola.

Ese encuentro inesperado de un pelo deforme se volvió hábito.

Mientras pensaba o imaginaba cosas, o me quedaba viendo la tele, buscaba pelos deformes con las yemas de los dedos, los acariciaba, los seleccionaba. Cuando la mente se elevaba la mano tiraba hacia la cabeza y comenzaba la búsqueda. Buscaba, excavaba entre la multitud. Millones y millones de hebras se refundían, los dedos eran arqueólogos del pelo. Buscaba para luego arrancar.

Siempre arrancaba los más cortos, los que estaban comenzando a crecer. Pensaba que eran cabellos bebés. Arrancaba cabellos bebés de su raíz, no los dejaba crecer, ¿para qué?

Pensaba si el diminuto pelo tenía una madre que rogaba no lo arrancaran de su lado. Soñaba despierta un drama. Una madre pelo llorando por su bebé, queriendo ser ella la arrancada

y yo le decía que no, que no me servía, que necesitaba de esa deformidad, de esa imperfección prematura, no la perfección modificada y lograda con el tiempo.

Creía que el dolor en la piel cuando arrancaba los pelos era un grito desesperado. Creía que la sensación de que algo tibio corría por la cabeza, eran el llanto de las hebras madre que sufrían por los chiquitos que les arrebaté.

Un jardín desierto es el lugar de donde los arranqué.

La deformidad estaba en mi cabeza y estaba desde un nacimiento, desde lo diminuto, había que cortarlo. Yo no era tan sutil, yo lo arrancaba de raíz.

S. LLAMA LLORANDO, habla con mamá, dice que llegó a casa con el pelo trasquilado. El cabello crespo de S es perfecto, son resortes que brincan cuando ella camina. Nunca deja que nadie le toque el pelo. Cuando veo su pelo crespo lo quiero jalar, jugar con él, verlo brincar por la fuerza. Mamá está devastada, dice que ya no se puede andar tranquila por ahí, que hay que cuidarse y guardarse o recogerse el pelo en cualquier lugar.

SOY EL CONEJO CON LA PIEL ABIERTA, LA CARNE EXPUESTA Y LOS OJOS IRRITADOS. Soy el conejo blanco de un laboratorio al que le echan gotas de champú para que sus ojos ardan. Lágrimas rojas dejan un camino seco en el pelaje blanco. El conejo es amarrado del cuello, es un sacrificio que se extiende con el chillido del animal y hace eco en las paredes blancas. Las paredes juegan a ser una caja de pandora, que cuando se abre la puerta, sale el grito disfrazado por la belleza impuesta.

TENGO UNA MUÑECA CON EL PELO DAÑADO. Es un nudo tieso, áspero y pegachento, de color rubio muy sucio. Tiene tierra e incluso unos palos pequeños de árbol. La muñeca es un regalo de mamá con el que pensó que calmaría el dolor de una inyección cuando fui niña. Cojo las tijeras, le corto el pelo. La dejo calva. Cojo una aguja capotera, es larga, gruesa, tiene el ojal grande y la punta es curva. Sobre la mesa tengo varios fragmentos delgados de un mechón de pelo, tienen el grosor exacto para atravesar el ojal de la aguja. Los enebro y voy cosiéndolos a la cabeza de la muñeca. Uno a uno, en hilera, le doy vuelta por completo a la cabeza pequeña. Ahora la cabeza tiene unos crespos negros que brillan. Los puedo jalar y rebotan. Guardo la cabeza de la muñeca en un baúl.

ÍBAMOS POR LA AUTOPISTA, las líneas amarillas y blancas que se dibujaban en el piso tomaban velocidad. El borde de la línea se difuminaba, parecía que se iluminara y se levantara en un leve vuelo. El sol caía y pegaba de frente al panorámico. El vidrio se tornaba opaco, la luz molestaba los ojos. El auto que iba adelante comenzó a pitar, bajó la velocidad y se detuvo, nosotros igual, logramos mantener una distancia amplia.

Un tipo se bajó de un auto que iba más adelante, comenzó a insultar al conductor que estaba delante de nosotros, nos dimos cuenta que era una mujer. El tipo alegaba, insultaba, gritaba y en dado momento se devolvió al carro. Nosotros tratamos de tomar de nuevo la vía hacia un costado pero vimos que el tipo regresaba. Abrió la puerta del auto de la mujer, la cogió por el pelo. Ella llevaba una cola de caballo que le caía a la cintura, era de un castaño claro con mechones rubios. La bajó a la fuerza, la tiró al piso y con la otra mano encendió una máquina de afeitar. Pude escuchar cómo ese pequeño motor arrancó. Vi cómo las cuchillas se fueron clavando en la cabeza de ella, cómo fueron cortando el pelo de raíz hasta dejarla medio calva. Ella gritaba y lloraba. La moña sostenía un montón de pelo enraizado y el otro poco colgaba en dos puntas.

En ese instante recordé cuando mamá me contó que de niña, la abuela le tejía una trenza larga que le caía sobre las corvas y la enrollaba sobre la cabeza. Un día, mamá fue a la escuela y la profesora formó a las niñas en una fila recta, les soltó los peinados y a las que tenían el pelo largo se lo fue cortando con unas tijeras. Colocaba cada montón de pelo dentro de una bolsa. Ese día el abuelo recogió a mamá en la escuela y al verle el pelo mutilado la golpeó con una vara de rosa en las piernas. Ella corrió para llegar pronto a casa y al ver a la abuela, se escondió debajo de sus faldas enormes, amplias y largas. La abuela no dejó que el abuelo la siguiera golpeando, pero sí la siguió insultando, por haberse dejado cortar el pelo, porque era una desvergonzada.

Imaginé que fue algo similar. Nunca supe si mamá lloró mientras la profesora le cortaba el pelo, si nunca se enfrentó a esa otra mujer.

Pensé que debí bajarme, reaccionar, haber golpeado al tipo, algo, hacer algo. Había mucha gente en medio de los carros, más gritos, más insultos, un auto se encendió y tomó marcha furiosa. La mujer lloraba, como mamá lloraba. Una niña desconsolada.

La imagen de un hombre que te rapa a la fuerza la cabeza, que entre cada corte de la máquina despliega una bocanada de insultos me dejó perpleja.

Miré a los hombres que tenía a mi lado. Pensé en que sí, existían hombres que te arrancaban el pelo a la fuerza, que te castigaban por no tener el pelo largo. Pensaba que el hombre al que podría abrazar y decirle papá podía herirme hasta romperme la piel con púas de rosas. Había hombres que eran varas de rosas y se incrustaban en los poros para hacernos sangrar. El pelo que fue mutilado perdió su fuerza, la fuerza de la trenza que se templaba para arrastrar lo que fuera.

LA ENTRADA A LA SALA DEL MUSEO ERA ESTRECHA, no medía más de sesenta centímetros de ancho. Lo primero que vi al fondo fue una fotografía de una mujer que se elevaba; tenía un vestido negro largo y estaba en una cocina, en medio de ollas. Era la ascensión de una mujer, con sus brazos abiertos levitando. Detrás de ella una ventana grande la iluminaba, daba una sensación siniestra.

La sala era fría y cada pared sostenía cuadros de monjas viejas que fueron pintadas cuando murieron. Los cuadros mostraban rostros sin dientes, pálidos, con arrugas y la piel de las mejillas caída. Los labios dejaban ver ese hundimiento anormal que buscaba cubrir la encía rosada y pálida. Era una sala con retratos de mujeres muertas hace más de doscientos años.

Mujeres que se sacrificaron.

Según los registros históricos, ellas eran internadas en el convento por decisión del padre, cumpliendo con la idea de que debían sufrir en su cuerpo la salvación del cuerpo social. Cada uno de esos cuadros fueron mujeres que pertenecieron a la élite de la época colonial, en la ciudad de Bogotá.

Mujeres de raza blanca que no debían manchar su sangre con el indio, el negro o el mestizo.

Mujeres a cuyo padre no le alcanzaba la dote para el matrimonio con un hombre blanco, así que las mandaba como monjas.

Ellas eran enclaustradas, nadie las volvía a ver, nadie de su familia, ni siquiera muertas.

Cuando morían eran veladas detrás de la celosía; una pared de madera tallada, con agujeros, que dividía el coro de la iglesia de las naves donde se hacía el pueblo a escuchar la santa misa. Eran veladas donde ellas habían pasado el resto de su vida cantando.

Todas se dedicaban a aprender algún instrumento, cantar, leer, escribir, cultivaban sus parcelas. Adquirían un dominio de los oficios artísticos e intelectuales que sólo se les concedía bajo el encierro y el aislamiento.

Cada cuadro tenía algo fascinante, cada mujer cargaba una corona sobre su cabeza y yo pensaba que todas eran coronas de rosas y espinas. ¿Qué tanto podría pesarles esa corona?

El velo de monja siempre me inquietó, adquiría esa función de ocultamiento de la cabeza y del cabello. Era una tela negra que tenía un vuelo, caía como una pequeña capa y el viento la elevaba. Ver una monja en medio de un ventarrón, era ver una elevación fantástica de un ser que había sido despojado de su pelo. Pensaba que eran cuervos, que arrastraban consigo la muerte y la disfrazaban de oraciones de amor. Eran mujeres que se entregaban en amor profundo a un solo hombre. Uno que solo existía en su cabeza y en su corazón. Las monjas se cortaban el pelo y lo que quedaba de este lo ocultaban bajo ese velo.

La exposición de las coronadas no era una obra alejada de ningún tiempo, todas seguían vistiendo igual, ocultándose igual.

Después de divagar en los velos, me di cuenta que en cada cuadro las flores eran distintas. La reseña de la exposición decía que según la flor se representaba la virtud de la persona, las virtudes específicas por las que estas mujeres se distinguieron en vida. Así que la rosa roja era pasión y mortificación. El lirio, la castidad. El clavel, el amor. La azucena, la pureza y la imitación a la devoción de la virgen. La amapola blanca, la santa ignorancia. El jazmín, la gracia, la elegancia y la amabilidad virginal. Y la violeta, la humildad.

Todas las mujeres que estaban ahí pintadas tenían coronas en su cabeza, flores que cubrían su velo y las adornaban.

La corona de rosas era corona de espinas, bordaba la cabeza.

La corona representaba el laberinto de la rosa, el castigo y la mortificación. Todas las virtudes siendo flores jugaban a ser rosas al convertirse en coronas. Esa forma cíclica y laberíntica que solo tenía la rosa por naturaleza, todas las flores la imitaban. No alcanzaban las rosas para significar todas las virtudes, pero todas las virtudes tenían que fingir de alguna manera ser la rosa, esa era la mortificación de cada flor.

Ese baño de flores virtuosas reemplazaba el pelo que se cubrió durante años con el velo negro.

Dejé atrás la reseña de la exposición y me quedé observando los cuadros.

En la parte más alta de la pared había un cuadro, llamó mi atención. Mostraba una mujer mucho más joven que las de los otros cuadros. Esta mujer tenía decorados largos que envolvían su cabeza y se extendían horizontal, como si fuera el pelo natural reposando sobre su cuerpo inerte. La extensión de rosas y hojas decoraban la belleza y la juventud, como queriendo extenderla en una perpetuidad. Esa extensión de matas mostraba una belleza desagradable, la del ocultamiento de lo natural como forma de pecado y sumisión.

Ese sería el castigo por ser mujer, por no ser desposada: dejar de poseer su pelo, ocultarlo. Ese pelo que me decían dios había puesto en nuestro cuerpo.

Me preguntaba si su cabeza reposaba sobre una almohada o sobre un ladrillo, como indica la reseña. Según la posición de la cabeza de casi todas las mujeres, ese ángulo forzado del cuello, era un mal acomodamiento, estaban incómodas; reposaban sobre un ladrillo, esa era la penitencia perpetua. La más joven no tenía ese movimiento incómodo del cuello, su penitencia fue haber muerto tan joven y tan sonriente.

Terminé de recorrer la sala, de ver las cabezas incómodas sobre los ladrillos, de detallar sombras en las telas que indicaban que debajo de la cabeza había un ladrillo.

Junto a la puerta, había una tarjetica de un cuadro que decía: Rosa de lima. Azucena de quito, Lirio de Bogotá. Me imaginé un jardín de flores por cada ciudad, un jardín que nunca se encontró. Cada mujer fue un jardín de virtud que esperó hasta su última exhalación para ser desposada por Cristo. Esperaron ser pintadas en el tránsito a la muerte para coronar el momento culmen de su vida, contraer esas nupcias espirituales por las que se castigaron en vida. Eran jardines hechos cuerpos que revistieron su cabeza con el aroma de una virtud.

Ahí no había pelo.

Me senté en la silla larga que estaba puesta en la mitad del saloncito, pensé en todo lo que se ocultó bajo esas telas largas y negras, en todos los pelos que no se dejaron ver. Imaginé que quizás, allá adentro, en el claustro, junto a la huerta, todas tomaban el sol en época de verano, pero imposible, hace doscientos años en Bogotá hacía frío como si fuera un páramo y la piel no se descubría.

Al salir de la habitación me recorrió un escalofrío, vi el último retrato, muy pequeño. Una niña con un hábito blanco, un velo blanco con un borde dorado y una corona de rosas rosadas y hojas verdes que reposaba sobre su cabeza. En la mano derecha una cruz delgada de madera y en la izquierda una rosa. Solo era su rostro y la corona que ocultaba las espinas.

La espina se incrustaba en la tela para agarrarse.

Imaginé que la corona se caía, las espinas se agarraban de los hilos entretejidos y rompían esa tela blanca. Desnudaban la cabeza rubia de la niña y hebras doradas que era su pelo tomaban vuelo y forma entre la tela rota. La liberación de Santa rosa de Lima.

ME QUEDÉ MIRANDO FIJAMENTE LOS PUNTOS DE COLOR NEGRO Y GRIS DEL PISO MIENTRAS EL MÉDICO TECLEABA, no decía nada. La cita era para mamá, yo solo la acompañaba.

El médico no se acercaba, no había tacto.

Esa vez no encontré figuras o formas en los puntos del piso. Las puntas de mi pelo estaban húmedas aún. Mi pelo tardaba horas en secarse, si el día era frío tardaba el doble, podía gotear el tiempo que quisiera, así lo frotara con una toalla. De mi pelo caían lágrimas que nacían de la raíz, dejaban su rastro en la ropa, en el suelo. El llanto de mi pelo dejaba huella detrás de mí, como si quisiera que alguien le siguiera el rastro, lo encontrara o lo rescatara.

El médico abrió la boca, tomó aliento, dijo:

—Acércate, agacha la cabeza

Yo hice caso.

—Esta no es tu consulta, pero tengo que decírtelo. Te he estado observando y necesito que te hagas revisar del especialista. Creo que comienzas a padecer de calvicie androgenética.

... Calvicie. Androgenética. Calvicie.

—Sí, en la parte de arriba, se te hace ya un círculo que está ausente de pelo

Ausente. De pelo.

Mi propio pelo me dejaba, estaba arrancando su raíz, empacando su nada y comenzando camino a un rumbo incierto. Sin saber por qué, me despojaba de toda su existencia para dejarme a la intemperie, con la cabeza seca, sin rastro. El estrago era yo.

Me reí. El médico no entendía por qué me ría. Me repetía que lo mejor era que me viera el especialista, que no estaba seguro, que me debían hacer exámenes, que soy muy joven para comenzar a estar calva. Miré a mamá como buscando pedir una disculpa por robar su consulta médica.

Entre la mirada del médico, la mirada de juicio de mamá y mi risa, fantasee con ser una tía pelucas. Soñé que estaba calva, que ya no me importaba el abandono y el despojo que provocaba ese elemento exterior de mi cuerpo. Soñé con que cada día me levantaba y usaba una peluca distinta, de un color distinto, un largo distinto y una forma distinta. Pude ser mil veces yo.

EN LA PÁGINA DE NOTICIAS DE FACEBOOK HAY OTRA NOTICIA. Aparece otra chica en otro potrero, está muerta por sobredosis de escopolamina. Su pelo de color fuego no está. La fotografía muestra una joven de pelo largo y naranja, unas pecas cafés que resaltan en las mejillas y la nariz fina.

EN EL SUEÑO DEJO MI CUERPO DESNUDO EN LA PLAYA, LE ARRANCO LA CABEZA, LA LANZO Y CAE SOBRE UN MAR DE COLORES. La cabeza se hunde y el pelo flota. La cabeza jala y el pelo se aferra a los corales, los rompe, los arrastra a lo profundo y con ellos una estrella de mar que es el beso que me diste en la cabeza.

M. COLECCIONA MUÑECAS DE PORCELANA, MUÑECAS FRÍAS, DE PIEL LISA Y BRILLANTE, con vestidos medievales. Todas las muñecas están en fila sobre una mesa larga estilo inglesa junto a la pared, detrás de ellas un espejo con borde de madera y flores las refleja. Una de las muñecas es pequeña y tiene un pelo naranja que está desgastado y enredado. La muñeca tiene un vestido verde en terciopelo y una capa azul. Cojo la muñeca y la meto entre una bolsa con frutas. Llego a casa y sobre el escritorio dispongo unos mechones de pelo naranja, la misma aguja capotera y las mismas tijeras, le corto el pelo a la muñeca, la dejo calva. Comienzo a bordar ese cráneo frío, pálido y brillante. Ahora, hondas de color naranja le caen a la cintura. Dejo la muñeca sobre la mesa de noche.

EL SEPULTURERO ME PARECÍA UN DIBUJO. LO ENCONTRABA DELGADO, DECAÍDO, CON LA PIEL SECA, cuarteada por el sol. Las manos ásperas, las uñas llenas de tierra, tierra de muerto. Su voz era áspera, su risa larga y profunda. Llevaba la botella de cerveza a la boca, ese cristal café rosaba unos labios casi morados.

Acabábamos de desenterrar al tío chiquito, murió de neumonía cuando tenía tres años. Mamá lo describía como ese niño blanco, de ojos claros y un pelo rubio con crespos que caían sobre los hombros regordetes. Los restos los colocaron en una bolsa negra. Mamá me decía que el vestidito blanco de encaje estaba casi entero y que el cráneo estaba en perfecto estado.

Yo me quedé en la tiendita de en frente, siempre me pregunté por esa estructura del camino alrededor de la muerte. El camino al cementerio era un camino hacia una de las salidas del pueblo, un camino con floristerías, tiendas y hasta tabernas.

En esa tiendita se escuchaban rancheras y música carrilera.

Ahí estábamos, medio dormidos, sumidos por el cansancio, el calor y la nostalgia. El sepulturero dijo:

—Una vez sacamos una señora que estaba casi intacta.

Me corrió un escalofrío, un vientecito diminuto se fue colando entre la dermis y la epidermis. En mi cabeza se dibujó el ritual que contaba el sepulturero. La imagen de una mujer desepultada, intacta, los huesos enteros, sin carne, como el esqueleto del salón de biología, solo que con mucha tierra encima. Con las uñas largas, y el pelo le llegaba más abajo de las rodillas, estaba lleno de polvo y trozos de madera.

—¡Yo creo que fue que la enterraron viva! —volvió a decir el sepulturero después de tragar un sorbo de cerveza, se mordió el labio inferior e hizo un sonido ronco de satisfacción.

Yo había leído en un libro que durante la época medieval, cuando aún no se había descubierto la catalepsia, se enterraban a las personas y les dejaban un hilo dentro del ataúd que

llegaba a una campana al exterior de la bóveda. Si el difunto se despertaba podía tocar la campana y así lo sacaban de la bóveda.

El hilo de esa campana me recordaba la criatura del Doctor Frankenstein. Las partes de diversos cuerpos que se suturaron para darle vida a ese monstruo, a esa creación divina hecha por el ser humano a imagen y semejanza de él. Cuántos campanazos pudo tocar ese monstruo, el más dulce.

La muerte tiene una dulzura que es expulsada de las flores y el susurro de las campanas al viento, indicando que ahí aún existe algo vital.

En el cementerio se oían zumbidos, yo me imaginaba que esas eran las campanas, pequeños insectos llenos de pelitos diminutos y filosos. Insectos que eran expulsados de una bóveda y caían sobre una flor marchita.

El sepulturero se centraba en repetir con impresión la escena del pelo largo y las uñas largas. Él sólo le encontraba sentido en la catalepsia. Esa mujer debió parecer muerta, la enterraron y nunca la pudieron sacar.

Quise justificar la idea de que el pelo y las uñas crecieron tanto después del cuerpo estar muerto, como signo de la biología humana y natural. Muestra de que el tiempo seguía su ritmo, que quizás aún muertos pensábamos demasiado. Dejábamos que las uñas crecieran para cavar la piedra de cemento y salir de la bóveda. Pero nos quedábamos ahí, en los pensamientos y el pelo seguía creciendo hasta volverse polvo el cuerpo entero.

Salí de mi imaginación, de las reflexiones vagas. Me entró una sensación de claustrofobia.

En realidad el pelo y las uñas no podían crecer, solo era un efecto de la falta de oxígeno en el cuerpo. La piel se contraía, la raíz del pelo y las uñas se exponía, eso daba la sensación de crecimiento.

Yo no quise mirar a mamá porque sentía que quizás era esa muerta con pelo largo y uñas largas pintadas con un delicado *francés*. Luego miré con más detalle las manos del sepulturero y le encontré un anillo, uno de bodas, era casado. Traté de adivinar cuantos granos de arena, tierra y tierra de muerto se habrían metido entre el anillo y eran una capa que bendecía y reafirmaba el hasta que la muerte los separe.

LA TÍA ABUELA NOS DECÍA:

—YA LE TRAIGO UN CAJÉ—. Así, reemplazaba la *f* por la *j* y la *e* sostenía su acento.

A tientas ella encendía una estufa de gas y preparaba el *cajé*. Los ojos de la tía se volvieron de un azul grisáceo, estaba casi ciega, así preparaba su *cajé*. El *cajé* de la tía tenía un sabor particular; la leche de vaca sin procesar, recién ordeñada, le daba una pesadez y una sensación densa particular, al final, una nota a clavo y canela.

Las manos de la tía eran arrugadas, valles delgados recorrían la piel morena de tanto expuesta al sol. Los dedos rígidos, torcidos por una artritis a causa del calor. Una falda negra que caía a las corvas y un delantal azul para cuidar de no ensuciarla.

La tía se sentó, y la falda se recogió.

Comencé a detallar la punta del zapato; unos mocasines de cuadros azules, una tela ya desgastada. Las medias arrugadas, recogidas por la gravedad. Más arriba la piel. La piel oscura, quemada por el sol, reseca y brillante. Una herida blancuzca y rosada en la pierna, otras más arriba camino a la rodilla. Unos muslos delgados y un vientre abultado. Seguí subiendo. La miraba de reojo mientras me quemaba la lengua con el *cajé*. El sombrero café, con una cinta brillante café y un sencillo tocado de plumas verdes y lilas. El pelo era corto, le caía debajo de los hombros, era áspero y entre tonos negros, grises y blancos.

—¿Y esa cicatriz en la pierna, tía?—pregunté.

La tía suspiró. Solo me preguntó *¿Quiere más cajé, mija?* Y me tomé otro *cajé*, con otro trozo de mogolla de salvado que ella había amasado.

El camino a la ceguera le había dado la habilidad de memorizar y guardar cada rincón de su casa y su cocina. Le permitía seguir a tientas, con el recuerdo del tacto y el olor la medida precisa de la harina, el punto exacto de la masa. La sensación de irse opacando lentamente, de ir desdibujando el todo que la rodeó, el todo que ella construyó. Toda presencia mínima se fue

tornando en sombra hasta ser oscuridad total. Sus manos, su piel, le eran la memoria visual precisa.

Salimos de la casa de la tía, nos dio mogollas para llevar, ese olorcito cálido de la masa era el olor que la tía cargaba en su piel desde siempre.

Volví a preguntar por la herida.

La herida era ese mapa diminuto que se incrustó en la piel después de una golpiza que el tío le dio. Vivian en el campo y el tío borracho la tomó del brazo, la golpeó, la tiró al piso y la agarró del pelo. La tía tenía una melena larga, abundante, era un pelo negro, con una forma ondulada que se movía en un vaivén y parecía mecer a un bebé. Esa misma melena fue agarrada a la fuerza, ella se sostenía de su propia melena mientras el tío la arrastraba por el camino de piedra. Las piedras rasparon la piel, un chamizo la hirió, ahí nació la cicatriz.

Cada cabello junto, agarrado con violencia, fue el vehículo de tracción. Ella se agarró de su propio pelo para frenar el arrastre, ese agarre le permitió no perder la cabeza.

LA DIONAEA MUSCIPULA SE ABRE Y SE EXPANDE, DEJA VER SU ROSA OSCURO, SEDOSO Y HÚMEDO, hasta que la mosca llega y se posa dentro de ella. Con su instinto natural ambos pliegues de la dionaea se cierran, los lóbulos se dilatan y los tres dientes filudos y delicados atraviesan el insecto. Luego se crea un estómago que succiona y traga. Los dientes largos y filudos se cierran como una celda. El placer está en ese cierre que succiona. Luego la boca rosa se abre y no deja rastro. Mi sexo es una venus atrapamoscas. Entre los pliegues de los labios exteriores crecen pelos que yo siento suaves, propios, escasos, distantes el uno del otro. Ahora una babosa entra, desliza y al cierre se escabulle por un espacio de la celda, se hace plana, empuja. Un rastro pegajoso queda. Dejo caer sal y ahora la babosa se retuerce marcando un hilo delgado con su baba hasta desvanecerse.

PAPÁ COMPRA EL PERIÓDICO, ES SÁBADO Y SON LAS SIETE DE LA MAÑANA. El repartidor grita: “¡Joven de veinte años aparece tirada en el parque de la iglesia!”. Se lee que la chica apareció al lado de un árbol, con una parte del pelo cortada y la otra parte quemada. La foto muestra lo que fue una melena larga de pelo negro.

SOBRE EL FONDO ARENOSO; REDONDAS, ATERCIOPELADAS, PELUDAS; GALLETAS DE MAR CAMINAN. Galletas de mar vivas marrón arañan la arena marina. Debajo hay pies, múltiples espinas cubiertas de cilios finos y peludos. La galleta de mar camina sobre arena, otras veces, arena la cubre, así, hasta llegar a la playa. La galleta de mar fuera del agua fallece, el sol la baña en luz hasta volverse blanca. Una centena de galletas de mar caminan en dirección a mí, salen del agua, su fuerza en el arrastre se incrusta sobre mi piel. Galletas blancas intentan cubrir mi cuerpo, quedan a medio camino, entre los pies y la pelvis. Un gradiente de blanco a marrón se esparce sobre la superficie de la piel. La última galleta marrón recibe caricia del agua salada. La punta del dedo gordo sostiene la galleta marrón.

TENGO UNA MUÑECA CHINA. La muñeca es cachetona, de ojos rasgados, un cuerpo de tela y unos brazos de hule muy suaves. Viste una pantaloneta larga roja con decorados dorados. La camisa es una blusa china de botones a un lado y un cuello redondo que se fija con un botón de tela en forma de encaje. La cabeza de la muñeca sostiene un pelo negro brillante. Tiene capul y a cada lado, la oreja es cubierta por un mechón largo, del mechón nace una trenza. En la parte de atrás, el pelo es corto. Esa deformidad del pelo me molesta. Así que le quito la cabeza. Cojo las tijeras, la aguja capotera y unos mechones de pelo negro y ondulado. Le corto el pelo a la muñeca. Sigo con precisión los agujeros que ya están hechos, ahí incrusto los nuevos mechones con la aguja. Termino de tejer y le saco un nuevo capul, uno más largo, le cubre las cejas. Dejo el pelo recto. Guardo la cabeza en una caja de zapatos. El cuerpo de la muñeca se lo doy a los perros para que jueguen con él.

CUANDO POR FIN PUDE VISITAR A LA ABUELA, YA SE HABÍA ACOSTUMBRADO AL APOYO, UN CAMINADOR. Un día, sentada en una de las sillas del comedor, me fijé en su pelo húmedo y escaso, era una melena delgada. Le bajaba casi a mitad de la espalda, un gradiente de blanco al negro dibujó la resistencia de cada hebra a dejar de ser de color negro. Del pelo cayeron gotas sobre un saco verde claro con bordado de flores. Tomé una peineta y comencé a soltar los nudos de las puntas.

Sobre el acero del caminador corrieron gotas de agua y se colaron por una maraña de hebras enredadas en las últimas tuercas de las patas.

El pelo era áspero, reseco, duro a pesar de sentirse delgado. La abuela estaba concentrada en un cuaderno de hojas a rayas, intentando dibujar unos círculos sobre los renglones, sin salirse. Me dijo que quería aprender a escribir su nombre para poder firmar. Dejé el peine y cogí el cuaderno, le dibujé una fila de círculos en una página, en otra, palitos. A la siguiente eran bolita, palito, bolita, palito. Hasta que la bola y el palo se convirtieron en la *a*, luego el palo se curvó y fue *e* y por último *u*. Le devolví el cuaderno a la abuela, ella, con su mano rígida, los dedos torcidos por la artritis y unas venas verdosas se desplazaron a lo largo del papel rayado. Los círculos, casi cuadrados o hexágonos. Los palitos, rayas de vibración.

La terminé de peinar, le puse su sombrero verde.

El cuaderno lo abrió cada mañana durante casi un mes.

Todos los días de ese mes le dividí el pelo en dos fracciones, dos cortinas delgadas a cada lado de la cabeza. Se secaba y al final le tejía una trenza que amarraba con una bamba negra.

Luego ella compró otro cuaderno. La fractura de la cadera sanó por completo, subía y bajaba las escaleras con normalidad. La miscelánea del pueblo era oscura, amplia y un olor a

húmedo la inundó en una pesadez que asustaba. Yo cogí una cajita de plastilina, una de colores pequeños, ella su nuevo cuaderno y un par de lápices.

Al cuaderno nuevo le hice el abecedario completo, luego sílabas que en conjunto fueron su nombre y su apellido. Nunca usó el apellido de casada.

Al caminador lo guardaron en la terraza de ropas y la abuela comenzó a usar un bastón con un pájaro tallado en la cabeza. Un día fuimos a su cita de cada mes en el banco, le pidieron que firmara y la mujer detrás de la ventanilla le pasó un huellero, la abuela lo devolvió y pidió un bolígrafo.

En la punta de la trenza se le hizo un rizo.

— ¡Ya sé firmar! Mi nieta me enseñó...— dijo mientras sonreía.

La mujer le devolvió la sonrisa.

La abuela firmó despacio, letra por letra un vacío las separaba. Le entregaron su pensión y salimos.

La abuela me compró un helado de fresa cremoso. Nos sentamos en las sillas de cemento y piedra del parque, pintadas de rojo, verde y blanco. Las hormiguitas caminaban por el muro. El pájaro del bastón me miró de reojo, lo imaginé volando y picando cada hormiguita.

Una pepa de una palma que daba sombra me cayó en la cabeza, miré al cielo y dejé que el helado se enredara en el pelo.

Un mechón color rosa y dulce fue el camino por el que las hormiguitas treparon mi pelo, subieron a la raíz, siguieron en una flotación ascendente el camino de un rayo de luz de medio día colándose por las ramas de la palma.

ME SENTÉ EN LA SILLA DEL TOCADOR DE BODAS DE MAMÁ. La silla de madera amarilla pálida y adornos tallados con figuras de hojas y flores. Una línea negra delineaba las figuritas. El asiento y el espaldar tapizados con tela de líneas de colores y la espuma desnivelada.

Me senté en esa silla rígida en medio del patio. Detrás de mí, la luz del sol bañaba la mata de pececitos, los helechos y las palmas de semana santa.

F. sacó de una maleta grande un estuche con varios tipos de tijeras, tres peinetas distintas y una capa azul oscuro. Las tijeras plateadas me fascinaron. Cada tijera tenía una función. La tijera recta de corte, la tijera de entresacar y la de esculpir. Tijeras de boca plateada, brillante. Si me daban a escoger entre el dorado y el plateado siempre elegí el plateado. No era un color exuberante, siempre fue enceguecedor en su efecto de reflejo.

Las tijeras eran finas. El material de su cuerpo les daba un atributo no solo de costo, sino de clase, de profesionalismo.

Un día en clase de empaques y diseño 3D, en la facultad de comunicación, L. nos contó que había diseñado una caja para transportar y exhibir unas tijeras de peluquería en una feria de belleza en la ciudad. Las tijeras costaban cerca de cinco millones de pesos. La sola idea de la exhibición de las tijeras y el costo era absurda, incluso para él como diseñador. La custodia de la belleza, así la definí. Eran unas tijeras cuidadas, como las custodias religiosas, hechas de oro y decoradas con esmeraldas y amatistas, guardadas en una bodega del museo Miguel Urrutia.

Busqué de qué estaban hechas unas tijeras para pelo, Google me dijo que de cobalto, carbono, vanadio, titanio, acero.

Busqué de qué está hecho el instrumental quirúrgico: Tuxtano, vitalio, oro, plata, cobre y acero inoxidable.

La idea de estos utensilios quirúrgicos era hacerlos livianos, quitarles el magnetismo. Caso contrario a las tijeras de cortar el pelo. El pelo siempre quedaba en la tijera, adherido, diminutos pelitos de la melena se pegaban al borde metálico. El peluquero pasaba las tijeras por su mano y le retiraba el residuo de pelo.

Siempre pensé la relación de lo metálico y la transformación del cuerpo. Cómo eso brillante o exuberante enaltece.

Se construyeron estereotipos alrededor de lo voluminoso, de la necesidad del exhibicionismo. Como las custodias religiosas o las coronas del reinado, puestas en cabezas con peinados voluminosos, pelos enrollados en espumas o rollos de tela para generar un volumen, o el uso de pelucas y sobre ellas las coronas, o cadenas con brillantes.

Otras coronas fueron como las del matrimonio de S, su corona y su collar brillaban, me acerqué al tocador donde estaban dispuestas las joyas, las toqué, eran de plástico, como la cadena del vestido de la muñeca bailarina *hawaiana* que tuve.

En la medicina el mayor milagro de la tijera era ser instrumento para salvar a alguien.

En la capitalización de la belleza siempre hay un cliente, el que recibió el embellecimiento. El oficio de escultor de pelo solo era un atributo, un don que se monetizaba y se enmarcaba en una línea de lo bello y la transformación.

Mi mirada se desplazó del set de tijeras a una caja pequeña de origami donde guardé cauchos de colores. Esas eran otras maneras de disfrazar el pelo, dibujarle formas y trenzas y anudarlas. Cauchos que con la fuerza excesiva se rompían, daban un fuetazo sobre el dedo o la mano y volaban.

F. fraccionó la cabeza, mechón a mechón. Los anudó con un caucho de distinto color.

—¿Segura?

—Sí.

F. quedó en silencio, la mano le temblaba.

—¡Sí!, segura. ¡Córtelo! —le repetí.

El peluquero era lo más cercano a un artesano. Movía sus brazos a un ritmo variable y el pelo caía suave, caía como lluvia. Él siguió cortando mi pelo y yo me quedé mirando la forma de las tijeras. La de entresacar tenía dientes, entre más dientes, más pelo cortaba y la de esculpir era más delgada, con muchos dientes. Aunque debí decir que mi favorita era la curva. Su punta alargada, era la tijera más cercana en forma a una tijera quirúrgica. Una nariz puntuda y curva que permitía un corte recto para los menos diestros como yo.

Aprendí a cortarme el capul por pura necesidad. No dejaba que nadie más pusiera sus manos sobre mi pelo, sobre mi cabeza. Encontrar un peluquero me costó tiempo y un pelo largo, desordenado y aburrido. El acto de cortar el pelo era un acto de confianza, de creer en el otro y entregarle todo ese peso que creció.

La tijera abrió su boca y cortó.

Uno a uno, sobre mi mano. F. colocó los mechones de pelo. La cabeza dejó de tener tanto peso. Dejé el pelo largo sobre mis piernas y F. continuó el corte. Las tijeras bailaron entre sus dedos regordetes.

Con las tijeras dentadas F. quitó y quitó el volumen. Con las de esculpir afinó el capul y el bob corto. La mano del peluquero entró a la raíz del pelo, lo sacudió. Me quitaron la capa azul, me picó el cuello. F. sacudió la capa y volaron pelos.

Acaricié mi cabeza y el camino que recorrieron mis dedos fue corto.

En el piso quedó una capa de pelos corticos, un nuevo tapete me dio la vuelta.

Sobre mis pies una llovizna picosa se incrustó en las medias, pequeñas puntas me picaron los dedos. Sacudí los pies. La luz cayó a mi espalda mientras la gata daba vueltas sobre el tapete

de pelos. El último rayo de sol de la tarde la bañó, ella giraba sobre su lomo, un polvillo y más pelitos se levantaron al reflejo de la luz.

ECHÉ LA CABEZA HACIA ATRÁS, EL AGUA TIBIA HUMEDECIÓ EL PELO. Le puse el champú de manzanilla.

La manzanilla me aclaró el pelo.

Masajeé el cuero cabelludo, como si estuviera frente a una cámara, como si fuera la protagonista de un comercial latinoamericano de champú. Las agencias de las marcas de champú pensaban sus comerciales para todo el público femenino latino: una mujer mejicana o argentina, famosa, lavando su larga melena y al final, un liso perfecto y abundante o un crespo sin friz. Cuando llegó la ola deportiva feminista, fueron ellas las protagonistas de los comerciales en el país. No todas las marcas pensaban las mismas estrategias, al final, unas más perezosas que otras.

Pero el champú de manzanilla solo tenía un comercial *no more tears*, y los bebés no lloraban cuando los bañaban, o eso prometían. Pensaba en D. que de bebé lloraba cuando lo bañaban y con solo sentir las medias aún puestas, lo hacía sentir seguro, no lloraba. El calor se le volaba de sus pies pequeños y el agua, aunque tibia, lo hacía llorar.

*No more tears.* ¿A quién se le ocurría que el llanto no pasara en la ducha?, ¿qué podía pasar para que el llanto bajo el agua dejara de suceder?

Mientras la espuma crecía en mi cabeza, lloré. Dejé la espuma quieta, pensando en el consejo que la veterinaria me dio cuando a la gata le salió un hongo en la piel. Quedó calva en el lomo y le recetó un champú especial. Me pidió ponerle el champú y dejarle hacer efecto durante quince minutos, luego jugar. Hice lo mismo, dejé varios minutos la espuma en mi cabeza, para que hiciera efecto, para que cortara toda la mugre que había en ella.

Lo jugué, coloqué la crema acondicionador para peinarlo más fácil. Deslicé las manos y en la palma, entrelazados a los dedos, varias hebras quedaron. Las coloqué sobre un baldosín de la pared, húmeda y fría.

Las revolví, quedó una figura.

Me alejé y me acerqué a la figura. Dejé de llorar. Vi una mujer de vestido largo y amplio, de rostro largo. Un pequeño cuadro al que mi cabeza le puso color.

Al tercer día volví a bañar mi pelo. De tanto friccionar el cuero cabelludo, el pelo se soltaba, no entendía si era fragilidad del pelo, o si era el tiempo de cada hebra que colgaba en mi cabeza que decidía su día y hora para irse.

Cogí esas nuevas hebras que cayeron de mi cabeza, las puse sobre el baldosín siguiente. Una nueva figura. Esta vez, un delfín saltaba.

Cuando entraba en contacto con el agua, regresaba al primer lugar que habité, la placenta llena de líquido. Ese donde se daba un movimiento submarino. Así lo dibujaba yo, la forma inicial y natural de bajar a lo profundo, a lo oscuro y descubrir un océano imperceptible, de ángeles marinos que brillaban y eran la voz de mamá.

Un océano que la no nacida iba absorbiendo, acumulando, y en su día, lloré.

Lloraba porque estaba fuera de mi océano, bajo la luz enceguecedora y las bombillas del flash.

Pensé que llorar en la ducha era volver a ese primer momento, donde perdí la profundidad.

Me acostumbré a la luz que ciega y cansa.

Tres días después me volví a bañar el pelo. Otro retrato, esa vez, un hombre calvo de nariz gigante y mentón largo. Luego vinieron las dos mujeres que se daban un beso. Después un barco. Luego una viejita sentada. Una mujer leyendo. Un hombre corriendo en la playa. El perfil de otro hombre con nariz corta. La mujer con una sombrilla. Un gato saltando. Un perro corriendo. Una figura sin revelarse. En la última, me vi.

La pared fue una galería.

Las hebras quedaron inmóviles, se adhirieron gracias a la humedad y el vapor. El agua de la ducha caía tibia. El espejo se opacó y mi cabeza inclinada hacia atrás recibió la caricia del agua, mientras las yemas de los dedos daban una fricción suave para no romperlo otra vez. Los dedos se deslizaron a lo largo, embadurnados de la crema, el vapor propagó el aroma a coco, traté de restregarme los ojos, me ardieron, un poco de champú *no more tears* entró a la esclerótica.

No, nunca cumplió la promesa.

EN EL GRUPO DE WHATSAPP DEL BARRIO DEJAN UN MENSAJE. Es la familia R. Dicen que a su hijo D. le cortaron el pelo esperando las vueltas en la tienda. D. tiene dieciséis años y un pelo rizado color castaño. Le cae por debajo de los hombros. Ahora su papá envía un mensaje de voz lanzando insultos, diciendo que con su hijo nadie se mete. Llegan más mensajes. Una señora dice que eso es de satánicos y otra recuerda las noticias de la televisión. Todos concluyen en que tienen miedo y van a cuidar a sus niñas.

CRINOIDES, LIRIOS DE MAR. Un centro compacto y pequeño, brazos largos que abren y flotan. Cada pelo de su brazo pluma danza en el agua. A la estrella con plumas la atrapa un tallo bajo el mar, es lirio de mar. Blanca y negra a rayas, la pluma abre, une y suelta cada pelo. Nada y se arrastra. Escapa del palo marino y huye del erizo de mar. El caparazón del erizo pesa; de púa, brazo venenoso, boca que rae. La estrella pluma flota, asciende y cae sobre arena marina, donde erizos de terciopelo se cubren con la arena finita, le incrustan cada pluma, la consumen a mordiscos. Lirio de mar marchito.

TENGO UNA MUÑECA QUE CANTA. Rubia, ojos azules, labios rosados y sonrisa blanca. Es dura, con su cabeza una vez me rompí el labio. En su tórax guarda una cajita que suena, una cremallera en su espalda la deja ver. Le acerco el micrófono y canta. El pelo rubio, pegajoso, oscuro, lleno de tierra. Cojo las tijeras, le corto el pelo. Preparo los mechones castaños y rizados. Enebro, uno a uno el mechón en la aguja capotera. Sigo la línea original sobre el cráneo plástico. Esta vez le agrego otros puntos de tejido. La peino, le dejo el pelo a la cintura, le quito la cajita de sonido. Corto la cremallera, coso la tela. Le hago un bordado en la espalda con el pelo sobrante. La guardo en la caja de zapatos.